ber los daños de Francia de estos luteranos, y cuánto iba en crecimiento esta desventurada secta, fatiguéme mucho; y como si yo pudiera algo, si fuera algo, lloraba con el Señor y le suplicaba remediase tanto mal. Paréceme que mil vidas pusiera yo para remedio de un alma de las muchas que vía perder. Y como me vi mujer y ruin, y imposibilitada de aprovechar en nada en el servicio del Señor, que toda mi ansia era, y aun es, que, pues tiene tantos enemigos y tan pocos amigos, que ésos fuesen buenos, y ansí determiné hacer eso poquito que yo puedo y es en mí, que es seguir los consejos evangélicos con toda la perfección que yo pudiese, y procurar estas poquitas que están aquí hiciesen lo mesmo, confiada yo en la gran bondad de Dios, que nunca falta de ayudar á quien por Él se determina á dejarlo todo, y que, siendo tales cuales yo las pintaba en mis deseos, entre sus virtudes no ternían fuerzas mis faltas, y podría yo contentar al Señor en algo, para que todas ocupadas en oración por los que son defendedores de la Iglesia y predicadores y letrados que la defienden, ayudásemos en lo que pudiésemos á este Señor mío, que tan apretado le traen á los que ha hecho tanto bien que parece le querrían tornar ahora á la cruz estos traidores, y que no hubiese adonde reclinar la cabeza. ¡Oh Redentor mío, que no puede mi corazón llegar aquí sin fatigarse mucho! ¿Qué es esto agora de los cristianos?»

Tales son los quejidos lastimeros de amor divino exhalados del corazón de Santa Teresa de Jesús, cuando veía en su tiempo perseguida con satánico furor á la fe católica, al Padre Santo y á la Iglesia de Dios. Y tal es el apostolado singular y poderoso que ella estableció con su reforma carmelitana, conviene á saber: observar con toda puntualidad los consejos evangélicos, y clamar y orar al Cielo sin descanso por los defensores de la verdad religiosa, desagraviando así de tamañas ofensas luteranas y persecución sectaria protestante al Divino Redentor del mundo, esposo de nuestras almas. Teresa de Jesús intentó con su instituto reformado enardecer y llenar de caridad la tierra que entonces ardía con el fuego infernal del protestantismo calvinista y luterano. Á la soberbia de aquellos sectarios, opuso nuestra Santa la más profunda humildad; á su protesta y rebelión contra la autoridad de Dios y de la Iglesia, la sumisión más cumplida y la más perfecta obediencia; y, finalmente, á la sensualidad inmunda y bestial de aquellas gentes heréticas y desenfrenadas, austeridad rigurosa y la pureza virginal.

De donde resultó que Lutero, con su ejemplo y sus doctrinas heterodoxas, perdía y era ruina de las almas á millares; la gran Doctora castellana con la penitencia propia y la oración, y también la de sus hijas, las ganaba, y aún gana copiosamente para Jesu-

cristo. Dichosa y felicísima aquella nuestra España, católica de verdad, enemiga irreconciliable de herejes y de herejías, á quien en premio de ello concedió el Cielo ser madre y cuna de San Ignacio de Loyola y Teresa de Jesús, que con sus respectivas compañías, activa y contemplativa, fueron y siguen siendo antemural de errores protestantes-racionalistas, defensa de la moralidad de los pueblos, guardia permanente de la autoridad de las naciones, y remedios perpetuos y evitadores del naufragio eterno de las almas.

Esto mismo debió creer así y tenerlo por muy cierto la docta y diligente autora de esta nueva HISTORIA DE SANTA TERESA, al concebir la idea feliz y llevarla á cabo de mostrar como en relieve á la sociedad moderna el ejemplo, las obras, los escrito y las máximas saludables de aquella verdadera y enamorada Esposa de Cristo. Y tiene muy gran razón en ello; porque, cierto, no necesita menos la sociedad actual de los ejemplos admirables y santísimos de nuestra mística Doctora, que las gentes del siglo en que ella vivía. Y aunque alguno crea lo contrario, el estado moderno en toda Europa, sin dejar de lado á nuestra España, se halla, en su constitución, legislaciones y organismo, tanto, y á veces más ignorante, desdeñoso, perseguidor y privado de la vida sobrenatural y fe religiosa, que los Reyes y Gobiernos heterodoxos del siglo XVI. Demás que, si la poca fe de aquellos Estados

aparece hoy como muerta en los actuales, pero no lo está la influencia celestial y benéfica de la gran Reformadora del Carmen. La cual vive y vivirá en los siglos por venir en sus hijas observantísimas, y en sus obras maravillosas, llenas de sabiduría teológica, moral y filosófica, y leídas con tanto deleite estético-espiritual como literario y provechoso en todas las lenguas de Europa.

Acertada cosa y muy laudable hace, por tanto, la muy laboriosa señora Doña Isabel Cheix en ofrecer al mundo actual, é introducir en el seno y corazón mismo de nuestra patria, las sentencias, los ejemplos y las virtudes heroicas de Santa Teresa de Jesús. Nunca quizá como hoy fué tan necesario hablar á los pueblos el lenguaje tradicional, sublime y á la vez sencillísimo de la santa Reformadora, llamando y dirigiendo á las almas hacia las olvidadas regiones de lo sobrenatural y divino. La dolorosa y triste situación de las modernas sociedades lo está pidiendo así con gritos lastimeros, que ponen horror en el ánimo y quebrantan el corazón.

Y es todo esto así verdad indubitable, porque la Revolución se ostenta cada vez más osada y más feroz, y amenaza de muerte á toda idea de orden y de autoridad; los Gobiernos casi todos de Europa siguen arrancando de las naciones los mandamientos de la ley divina, único fundamento permanente de ellas, y plantando en su lugar le-

gislaciones impías, sembradoras de indiferentismo religioso y positivismo entre los pueblos cristianos; el lujo crece y fomenta la ruina de las familias; la inmoralidad es asombrosa, sin freno y desvengonzada; las artes y la literatura se ostentan desnudas de pudor, de respeto á los hombres, y de religión; la prensa sin creencias, insulta y escarnece á los misterios más sacrosantos de nuestra Religión, y hasta al mismo Dios Trino y uno; acabáronse las mordazas para los blasfemos; la pravedad herética, los judíos y gentiles pasean, vociferan y libremente propagan, por escrito y de palabra, sus errores deletéreos por todo el orbe; los protestantes, burlándose de todo freno civil y religioso, levantan templo público y capillas privadas en la capital de la católica España y en otros muchos pueblos de tan desventurada nación, con hartas y no bien consideradas ventajas para los Gobiernos extranjeros, como día no tardando se verá.

Pero, aparte de todo esto, las inteligencias de los hombres tórnanse cada día más esclavas del racionalismo enemigo de toda razón; el cual, ahora en nuestros tiempos, cubierto con capa y bautizado con el nombre vulgar de *liberalismo*, defiende y constituye independencia completa, individual y social, de toda autoridad divina y humana, propagando por mil caminos las libertades absolutas, imposibles y ya condenadas del pensamiento,

de la enseñanza, de la prensa, de la conciencia y de todos los cultos. De donde, y por manera lógica, nació la soberanía irrealizable del pueblo; el cual, con efecto, vestido y armado con lo que llaman derechos individuales, tomando el puñal por cetro y la dinamita por corona real, pretende apoderarse de la sociedad entera y acabarla de una vez para reemplazarla con la anarquía, el comunismo y el nihilismo.

¡Oh! Si levantara la cabeza hoy nuestra santa Doctora, no hay duda sino que repetiría con mayor pesar que en sus días aquellas exclamaciones suyas: «¡Oh Redentor mío! ¿Qué es esto ahora de los cristianos? ¡Siempre han de ser de ellos los que más os fatiguen! ¡Á los que mejores obras hacéis; los que más os deben; á los que escogéis para vuestros amigos; entre los que andáis y os comunicáis por los Sacramentos! ¡No están hartos, Señor de mi alma, de los tormentos que os dieron los judíos! ¡Por cierto, Señor, no hace nada quien se aparta del mundo ahora! Pues á Vos os tienen tan poca ley. ¿Qué esperamos nosotros? ¿Por ventura merecemos mejor nos tengan ley? ¿Por ventura hémosles hecho mejores obras para que nos guarden amistad los cristianos? ¿Qué es esto? ¿Qué esperamos ya los que por la bondad del Señor estamos sin aquella roña pestilencial? ¡Que ya aquellos son del demonio! ¡Buen castigo han ganado por sus manos, y bien han granjeado con sus

deleites fuego eterno!» ¿Y adónde, sino al fuego eterno, han de ir á dar con sus almas y los cuerpos quienes tienen hoy entre cadenas al Vicario de Cristo en la tierra, verdugos en ello mismo de toda propiedad, y ponen trabas á la libertad de la Iglesia, nuestra amorosa y tierna madre, y llaman bien al mal, virtud al vicio, justicia á la iniquidad, á la verdad mentira, y persiguen de muerte á los hombres enteramente fieles á Dios y á su Cristo, y por lo mismo á la patria?

Bien hacen, pues, los hombres de buena voluntad, y entre ellos nuestra elegante escritora sevillana, en poner diques al torrente devastador y espantable de la moderna revolución liberal antes que consuma y borre de la superficie del mundo toda idea de verdadera cultura, libertad y ciencia, y convierta la sociedad humana en la piara inmunda de Epicuro. Y dique sin duda es, eficaz y poderoso, en los tiempos recios y difíciles que ahora atraviesa el humano linaje, levantar en alto la bandera del Evangelio y de la cruz de Cristo, Dios y hombre verdadero, criador y redentor de todos los mortales, Padre omnipotente y amoroso de las almas, Pastor divino y regidor infinitamente sabio de los hombres, Hermano primogénito y Cabeza por dignación inefable de todos ellos, Rey de reyes, Señor y dueño absoluto de las naciones ganadas para el Cielo en buen combate, y compradas en rigurosa justicia con el precio

superabundante de su sangre y de su misma vida en cuanto hombre.

Y cierto que nuestra santa y mística Doctora de Ávila izó como pocos aquella celestial bandera, y la tiene aun hoy mismo levantada muy en alto, mostrándonos en ella su triple y nobilísima misión, conviene á saber: pelear noche y día contra los errores y las herejías con las bien templadas armas de la oración y meditación; rogar con lágrimas y quejidos, desde el fondo del alma, por la conversión de los pecadores; y, finalmente, levantar y encaminar á los hombres al Cielo, desasiéndolos de la tierra; dirigirlos á Dios, su Criador, apartándolos de las criaturas. En una palabra, ofrecer al mundo el ejemplo continuo y permamente de su instituto reformado, donde todos admiren en la observancia regular la obediencia á las autoridades del Cielo y del suelo; en la penitencia del claustro, la victoria sobre la carne y las pasiones; en la pobreza, el desprecio de la materia y las riquezas; y en la oración, el servicio divino, el propio conocimiento y el de Dios. Máximas y principios todos ellos fundamentales y muy propios para ser cimientos solidísimos de la sociedad y la familia, y llevar los hombres al fin supremo y último para el cual viven y fueron criados.

Pues el nuevo libro intitulado HISTORIA DE SANTA TERESA DE JESÚS, compuesto por la señora, literata piadosísima, Doña Isabel Cheix,

viene ahora con suma oportunidad, según se ha visto, á poner una vez más de manifiesto, para salud de la extraviada sociedad actual, la doctrina admirable teológico-mística de Santa Teresa de Jesús, que, como apuntado queda, no es otra más de la predicada en los santos Evangelios por la Iglesia de Dios. Pero enseñada y explicada desde aquella cátedra del alma virginal, amantísima, y con el lenguaje sencillo, dulce é inimitable de la Santa Doctora, amén de ser ahora en este precioso libro ofrecida en cuadros muy bellos, llenos de verdad, de luz y de poesía por nuestra escritora sevillana, ha de tener, sin dudarlo un punto, singular encanto, utilidad y provecho para todo linaje de fieles cristianos, particularmente para los españoles. Lo cual no será á nadie maravilla si se considera ser la doctrina del presente libro la misma que formó el corazón de todos los santos y transverberó el de Santa Teresa de Jesús, siendo servida ahora aquí, en mesa limpia y deleitosa, de buena literatura por una devota suya enteramente esclava de la fe católica y de la divina voluntad.

JOSÉ FERNÁNDEZ MONTAÑA.
Presbítero.

CAPITULO PRIMERO

HORAS TRISTES

I

SOBRE una colina al final de la Sierra de Guadarrama, donde ésta tiene su mayor depresión y llega á formar el nudo que la une á la cadena de Gredos, se halla situada la noble y antiquísima ciudad de Avila, que ha merecido ser llamada de los *Caballeros, del Rey* y de *los Santos*; es capital de la provincia de su nombre en Castilla la Vieja, y su historia, llena de hechos gloriosos, da grandes ejemplos de patriotismo y lealtad en todas las épocas de su larga y combatida existencia.

El tiempo, que tantos esplendores le ha robado, la mantenía floreciente y rica por los años de 1527; la corriente del cristalino *Adaja* movía sesenta ruedas de los veinte molinos que, diseminados en sus pintorescas orillas, parecían blancos nidos de palomas entre el verde sombrío